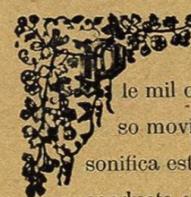


rusas. De un confín al otro de Bulgaria se produjo viva agitación, exclusivamente religiosa al parecer, política también en el fondo. Limitaban los búlgaros sus deseos á emanciparse del patriarca de Constantinopla y constituirse en iglesia independiente, mas no se necesitaba ser un lince para prever que la emancipación religiosa sería el primer paso para la emancipación política. Ya en el manifiesto que publicó en mil ochocientos setenta, la Junta revolucionaria de Bulgaria decía: «Los turcos y el clero griego son los enemigos de la libertad y del progreso en Bulgaria». Comprendiéndolo así también, el embajador de Rusia en la Puerta, el intrigante general Ignatiev, apoyó resueltamente, después de haber simulado ejemplar imparcialidad, á los búlgaros, que acabaron por nombrarse un exarca especial y proclamar la independencia de su iglesia. Por estos pasos extendía Rusia su influencia sobre los eslavos sometidos al turco, y se preparaba á nueva tentativa para lanzar de Europa al *hombre enfermo*.



## CAPÍTULO NOVENO

Bismarck y la unidad alemana



OR la ley de la acción y la reacción, que rige en las sociedades de la misma manera que en los cuerpos físicos, se desencadenó, en los años de mil ochocientos cincuenta y dos á mil ochocientos cincuenta y nueve, furioso movimiento represivo, lo mismo en Austria que en Alemania y Prusia. Personifica esta política en Austria Bach, sucesor de Schwarzenberg, que inspiró su conducta en la abolición de los derechos feudales y en la supresión del dualismo. Afiliado á la escuela centralista de Viena, no conociendo por experiencia las variedades provinciales y nacionales del Imperio, creía posible, sin otros medios que los de la administración, la empresa de hacer de Austria un Estado unitario. Impuso á todas partes el alemán como lengua oficial, y reorganizó totalmente la administración, conforme á un plan riguroso. Las pequeñas provincias, reunidas antes á las grandes, recobraron su autonomía, y las muy extensas, como Galicia, fueron divididas. El territorio húngaro se desmembró, no siendo representada la unidad de Hungría más que por el gobernador general, militar y civil. Adquirió gran importancia la policía, atenta más que á hacer cumplir las leyes, á espiar la conducta de las personas. La desconfianza se extendió á todo, incluso la industria, á la que se aplicó minuciosa reglamentación. Las asociaciones fueron sometidas á fiscalización severa, y prohibidas aquéllas «cuyo objeto era del dominio de la legislación ó de la administración públicas.» Se impuso á la prensa fuerte fianza, y se prohibió vender los periódicos en las calles y fijar carteles en las esquinas.

Medidas tan duras causaron general descontento y provocaron motines, que fueron sofocados mediante procesos monstruosos y poniendo en estado de sitio á Galicia, la Voivodia servia, Transilvania y Hungría. En lo religioso, producto de la reacción fué el concordato de diez y ocho de Agosto de mil ochocientos cincuenta y cinco, por el que se declaró el catolicismo única religión del Estado; se devolvió á la Iglesia la absoluta libertad de adquirir y poseer, con todos los privilegios anejos á su institución divina y á sus leyes, y se otorgó á los obispos la facultad de dirigir la instrucción, censurar y condenar los escritos peligrosos, con la obligación, por parte del gobierno, de impedir la propagación de éstos. Por contradicción inexplicable, el mismo León Thun, ministro de Cultos y de Instrucción pública, que de esta suerte abandonaba los derechos del Estado en manos de la Iglesia, llevó á cabo en la enseñanza una reforma inspirada en el interés científico: restituyó á las investigaciones de pura teoría un puesto al lado de la preparación mecánica para carreras liberales; favoreció, en las facultades de derecho y de filosofía, el desarrollo de los estudios históricos; suprimió los exámenes semestrales, devolviendo á los estudiantes la libertad de instruirse y á los profesores la de enseñar; aplicó, en fin, á la instrucción secundaria, clásica y científica, un plan de estudios, vigente aún en la actualidad. En Hacienda, los esfuerzos del ministro Bruck, de buen talento y voluntad firme, se estrellaron en la camarilla aristocrática y militar que rodeaba al soberano. Este sistema asfixiante duró nada menos que hasta el veintidós de Agosto de mil ochocientos cincuenta y nueve, en que Bach fué despedido del ministerio.

En Alemania, creyeron los soberanos asegurar su autoridad uniéndose á la nobleza y á la Iglesia para combatir las ideas revolucionarias. Todas las personas que de cerca ó de lejos habían tomado parte en los recientes sucesos, fueron tachadas de sospechosas y expuestas á humillantes vejaciones. Por miles abandonaron los liberales el país, y los que quedaron se ocultaron desalentados en la obscuridad de la vida privada. Los funcionarios, sometidos á un régimen de espionaje, sólo pensaron en merecer el favor de sus jefes á fuerza de serviles adulaciones, envileciéndose, en su consecuencia, el espíritu público y descendiendo á toda prisa el nivel de la conciencia moral. Procesos escandalosos, cuyo más célebre fué el de Waldeck en Berlín, pusieron al desnudo la horrible podredumbre de la administración. Más fuerte aún que la política fué la reacción religiosa. Un judío converso, Stahl, que fué hasta la muerte el teórico del partido de la Cruz, declaraba que la ciencia «debía dar un cambio de frente,» y achacaba á la libertad de conciencia «parte de esa obra de destrucción y desquiciamiento que caracteriza el espíritu moderno y amenaza el reposo de Europa». Una ortodoxia quisquillosa se esforzaba en matar el espíritu de investigación y de libre examen, y soplabá en la literatura un viento de pietismo destructor. Oscar de Redwitz cantaba, en poemas empalagosos y enfáticos, un misticismo santurrón; Víctor de Strauss, en sus *Cartas sobre la política*, de mil ochocientos cincuenta y

tres, presentaba como ideal de la humanidad á Mecklemburgo, donde se conservaban en toda su pureza las instituciones feudales, y Riehl, á pretexto de organizar al pueblo, predicaba la vuelta á las corporaciones y á las castas.

En Prusia, no fué la reacción menos dura ni menos irracional. Federico Guillermo II, si por escrúpulos de conciencia y el temor de enagenarse por completo las simpatías de la Alemania liberal «no suprimió la Constitución, la modificó en términos de recobrar» íntegra la libertad de su poder. La Cámara de los diputados, desprovista hasta del derecho de votar el impuesto, no era otra cosa que una Asamblea consultiva, cuyos individuos designaban los *Landræthe* á los electores atemorizados: en la Dieta de mil ochocientos cincuenta y cinco se contaron setenta y dos subprefectos. Toda la autoridad pertenecía á los hidalguelos y á la camarilla de la *Gaceta de la Cruz*, los cuales, dueños del ánimo del rey y seguros de la Cámara alta, lograron devolver á la nobleza los privilegios de que la despojara la Constitución, y abusaron de su crédito, al extremo de enagenarse parte de los funcionarios y disgustar á las clases medias. Esta situación se mantuvo con ligeras alteraciones hasta el dos de Octubre de mil ochocientos cincuenta y ocho, en que, perdidas por el rey Federico Guillermo IV las facultades mentales, se encargó del gobierno con el título de regente su hermano Guillermo, presunto heredero del reino.

Nacido en mil setecientos noventa y siete, el príncipe Guillermo contaba, al empuñar las riendas del poder, sesenta años de edad. No tenía ni la imaginación ardiente, ni el encanto seductor de su hermano; pero poseía, en cambio, afición al trabajo metódico, perseverancia en el intento, firmeza de voluntad, dón de conocer á los hombres y de utilizar sus cualidades en la prosecución de los propios fines. Le faltaba iniciativa, y por esto de seguro no hubiese inventado el plan tan sencillo que le sugirió Bismarck y los sútiles rodeos por los que fué realizado; mas no debe desconocerse que, después de haberlo aceptado, lo que no se consiguió sin luchas, se consagró á ejecutarlo con una fidelidad y una abnegación inquebrantables, y que, con sus raras cualidades de constancia y ahinco, contribuyó á asegurar el triunfo. Compararle, como suele hacerse, á Luis XIII, con otro Richelieu, no es justo. En la obra que llevó á cabo de común con su ministro, la parte de éste fué sin duda preponderante; pero de cierto que la victoria no hubiese sido tan decisiva sin la intervención personal del soberano, que le sostuvo y le completó. Hallábase dotado éste en sumo grado del sentido de lo real, del respeto al pasado y del culto de su casa; creía, como todos sus contemporáneos, que Alemania estaba llamada á desempeñar un gran papel en el mundo si se ponía bajo la hegemonía de Prusia y aceptaba la tutela de los Hohenzollern, que Dios había predestinado á esta alta misión. En el discurso que pronunció, al tomar posesión del gobierno, declaró que «Prusia debía hacer conquistas morales en Alemania»; marcó claramente su oposición á la Dieta, y apuntó que el gobierno prusiano no estaba dispuesto á quedar eternamente sometido á la supremacía de

Austria. Diciendo esto se asociaba al sentimiento popular, que, fresca aun la humillación de Olmütz, vaciaba su enojo en publicaciones diarias, en que sólo se hablaba de suprimir definitivamente la Dieta y transformar radicalmente la Confederación. El orgullo nacional soñaba en un desquite brillante excluyendo á Austria de la Confederación futura, y no se cansaba de forjar planes, que tenían por principio y por fin la hegemonía prusiana. No se pensaba ya en fundir á Prusia y á Alemania en un sentimiento de fraternidad política y nacional; sino en *prusificar* á Alemania, someter á la supremacía prusiana todos aquellos pequeños Estados que en el seno de la Dieta germánica habían sostenido la altanera política de Austria, despojar á ésta de todas las alianzas que constituían su fuerza y rechazarla para siempre fuera de Alemania. En más de un folleto prusiano de mil ochocientos cincuenta y seis á mil ochocientos cincuenta y nueve, se halla casi punto por punto el programa de lo que se realizó diez años después.

Los liberales saludaron con alegría el advenimiento del príncipe Guillermo, figurándosele como la aurora de un gobierno constitucional. Se equivocaban. Si Guillermo había combatido un día los proyectos de reforma de su hermano, una vez realizados los había aceptado, y estaba resuelto, tanto «á cumplir fielmente lo que había sido prometido, como á desechar rigurosamente lo que no lo había sido». Estimaba que la monarquía debía elevarse por encima de los partidos, y lamentaba que su hermano hubiese descendido á instrumento de una comparsa feudal. La Dieta sólo era á sus ojos una asamblea consultiva, y entendía que, en todas las cuestiones importantes, al soberano correspondía decir la última palabra. Había entre Guillermo y los liberales diferencias fundamentales de doctrina, que á la larga habían de hacer su ruptura inevitable.

En las elecciones de mil ochocientos cincuenta y ocho, se dió orden de ahogar á los candidatos cuyo nombre trajese á la memoria penosos recuerdos. Fué en vano. El partido conservador se hundió, y el Regente se vió con espanto prisionero de la izquierda. Sostuvo su primera campaña diplomática con motivo de la guerra de Italia, y tan torpemente lo hizo, que disgustó á todo el mundo: á Francia, por haberla detenido en medio de sus triunfos; á Austria, que le consideraba causante de su derrota; á Alemania del Sur, que le acusaba de haberse separado de ella; á sus propios súbditos, que le echaban en cara sus vacilaciones é incertidumbres. Por su parte, atribuía sus desastres á la viciosa organización militar de Alemania y pidió á la Dieta que la reformase: los príncipes rechazaron sus deseos casi sin discusión. Sin embargo, también éstos sentían la necesidad de dar satisfacción á la opinión pública.

Porque al silencio que reinara en Alemania desde mil ochocientos cincuenta y uno, había sucedido ruidosa agitación. El periodo que transcurre de mil ochocientos cincuenta y nueve á mil ochocientos sesenta y seis, fué de los más movidos y más confusos. El advenimiento en Prusia de un príncipe que no se prestaba á ser agente servil de los feuda-

les, coincidiendo con la guerra de Italia, indujo á la mayor parte de los otros príncipes á abandonar su política de compresión. Las Cámaras cobraron nueva vida; la atención pública se volvió principalmente hacia las cuestiones de reforma federal; los publicistas se inclinaban en su mayor parte á una unión más estrecha con Prusia, y liberales de diversos países juzgaban llegado el momento de volver á emprender la obra de propaganda unitaria. Los días quince y diez y seis de Septiembre de mil ochocientos cincuenta y nueve, reunióse en Francfort una gran Asamblea, que fundó el «Círculo nacional», con el programa de fomentar «la unión y el desarrollo de la patria común» y atraerse á los «grandes-alemanes», que no se resignaban á abandonar á los once millones de alemanes-austriacos excluyéndolos de la confederación. «La Unión nacional, decía el manifiesto de cuatro de Septiembre de mil ochocientos sesenta, reconoce las provincias alemanas de Austria como partes integrantes de la patria. En el caso, sin embargo, que circunstancias y obstáculos inevitables impidieren la unión inmediata de estas provincias al Estado federal alemán, no se dejará por esto de trabajar para unificar el resto de la patria.» Aparte reservas de pura forma, este programa era el mismo de Gagern. Los príncipes se alarmaron; la Junta central de la Unión fué expulsada de Francfort, y prohibida la asociación en Sajonia, Mecklemburgo, Hannover y los dos Hesses. A pesar de esto, Beust no consiguió de la Dieta medidas generales de represión. «La situación actual no tiene ejemplo, escribía; frente á un movimiento que persigue la caída de una Constitución, ó se abandona esta Constitución ó se combate el movimiento: aquí no se hace lo uno ni lo otro; el fin sólo puede ser una revolución súbita». Los otros ministros juzgaban estos temores exagerados, y favorecían la formación de una «Unión de reforma», en que dominaron los particularistas y los ultramontanos. La «Unión nacional» no halló en el Sur sino escaso número de partidarios, siendo á poco evidente que sus esfuerzos no bastarían para triunfar de las resistencias de los gobiernos y de las tradiciones seculares. Se incurriría, sin embargo, en gravísimo error suponiendo que su acción fuera ineficaz. Ciertó que, después de dos años de propaganda, sólo contaba quince mil adeptos, de los cuales ocho mil eran prusianos; pero no lo es menos que éstos pertenecían á las clases directoras y que, por esto, era grande su influencia. En las fiestas que organizaban, la idea de unidad era aclamada por millares de alemanes, que acudían de todos los rincones del país. Cuando el ejército prusiano derribó las dinastías, observóse que los liberales les habían cortado ya las raíces.

Dentro de Prusia, el conflicto entre el gobierno y los liberales estalló con motivo de la reforma militar. Por la ley de mil ochocientos catorce, que estableciera el servicio universal, á los tres años de servicio activo y dos de reserva, los soldados ingresaban en el *landwehr*, que se dividía en dos cuerpos y donde seguían hasta los cuarenta años. Esto no obstante, desde mil ochocientos catorce, á pesar de haber subido la población de diez y siete á diez y ocho millones de habitantes, se seguía llamando no más que cuarenta mil